



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA
Publicación digital semestral
ISSN: 2618-530X
Director: Mario Toer
<https://politicalatinoamericana.org/revista>

**ESTADO, MERCADO Y CORONACRISIS. APUNTES PARA PENSAR UNA
NUEVA AGENDA ECONÓMICA EN AMÉRICA LATINA**

**STATE, MARKET AND CORONACRISIS. NOTES TO THINK ABOUT A NEW
ECONOMIC AGENDA IN LATIN AMERICA**

Florencia Tursi Colombo

Licenciada en Ciencia Política (FSOC-UBA). Maestranda en Historia Conceptual (EH-UNSAM).

Correo: flortucoo@gmail.com

RESUMEN

El artículo aborda la relación entre Estado y Mercado con el objetivo de dar cuenta de las causas profundas de la coronacrisis. Una crisis que inició por la salud pero que se expandió al punto tal de dejarnos sin categorías que nos permitan abordarla, aquello que percibimos ya no puede englobarse dentro de una teoría que le de sentido. De hecho, las teorías económicas han fallado al describir los alcances, la magnitud y las consecuencias de esta crisis. Al mismo tiempo, se advierte la inexistencia de expectativas respecto de un futuro mejor. Sin embargo, la forma en que los Estados han abordado la coronacrisis, nos hace pensar en las perspectivas que se abren para una nueva agenda económica.

Palabras clave: Estado, Mercado, Coronacrisis.

ABSTRACT

The article addresses the relationship between the State and the Market in order to account for the root causes of the coronacrisis. A crisis that began because of health but expanded to the point of leaving us without categories that allow us to address it, what we perceive can no longer be included within a theory that makes sense. In fact, economic theories have failed to describe the scope, magnitude, and consequences of this crisis. At the same time, there is a lack of expectations regarding a better future. However, the way in which States have approached the corona crisis makes us think about the prospects that are opening for a new economic agenda.

Keywords: State, Market, Coronacrisis.

Introducción

Hace poco leí en un artículo que, por primera vez en el capitalismo neoliberal, los adultos perciben que las próximas generaciones, los más jóvenes y los niños, tendrán un futuro peor que el que ellos experimentaron. Parecería ser que la aparición de la pandemia en el siglo XXI ha borrado los horizontes de bienestar, salud y prosperidad ascendentes que, según algunos el modelo neoliberal prometía, y en cambio, percibimos que el futuro de nuestros niños estará marcado por sucesivas crisis e inestabilidades en cuanto a los recursos naturales disponibles, a las capacidades económicas y al desarrollo humano.

Poniendo en perspectiva la crisis que estamos atravesando, Yanis Varoufakis en una reciente nota de opinión (2020) señaló que, desde el 2008, no existe más una lógica capitalista para lo que estamos viviendo. En un similar sentido, he escuchado decir al ex-vicepresidente de Bolivia, García Linera, que la crisis ha hecho estallar las categorías con las que analizamos la realidad.

Por un lado, la coronacrisis nos ha dejado sin categorías que nos permitan abordarla, aquello que percibimos ya no puede englobarse dentro de una teoría que le de sentido. Por otro lado, la crisis marca la inexistencia de expectativas respecto de un devenir mejor, justamente, el concepto de crisis pone en duda las expectativas sobre el futuro.

La crisis económica, como concepto, es periódico e iterativo, es decir, en economía apelamos con recurrencia a la idea de crisis. Siguiendo a Koselleck (2012), quien profundizó sobre el concepto en su libro *Crítica y Crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, las crisis económicas aparecen cuando se quiebra, se altera o se esfuma el equilibrio perfecto que la teoría económica supo construir, entre oferta y demanda, entre producción y consumo, y entre circulación de dinero y de bienes. Pasada la crisis, se vuelve a un periodo de aumento de la productividad que puede, a su vez, generar una nueva crisis.

En consecuencia, han aparecido numerosas expresiones que pretenden dar cuenta de un momento posterior al que vivimos y experimentamos. Es decir, ante lo inviable del presente actual, surgen propuestas de modelos o teorías alternativas. Así el prefijo “pos/post” toma el protagonismo para proponer un futuro radicalmente distinto. Por ejemplo, Varoufakis (op cit) se pregunta por el “pos-capitalismo”, o Natalia Quiroga Díaz (2020) nos propone una economía “pos-patriarcal”.

Sin embargo, las previsiones no son optimistas. La CEPAL prevé para las economías latinoamericanas en 2020 una caída del PBI del 9,1%, así como también se estima un total de 44 millones de desempleados y un nivel de pobreza del 37,1% para la región en su conjunto.

Este artículo investiga la relación entre Estado y Mercado para dar cuenta de las causas profundas de la coronacrisis. Una crisis que va más allá de la salud para cuestionar la forma en la que lo económico, sus teorías y prácticas, se imparten.

1. Estado y mercado, dos ejemplos

Toda agenda que plantee, hoy en día, la cuestión económica comienza señalando la centralidad que han adquirido los Estados durante la pandemia. Los Estados aparecen como los garantes de la salud, los ingresos y los recursos básicos en un contexto en el que los mercados profundizan desigualdades al suponer que cada uno debe garantizarse sus propios recursos, “esforzarse” por un ingreso digno y pagar para obtener un servicio de salud.

Sin embargo, la construcción del Estado y el Mercado como opuestos es falsa. Tanto en períodos de estabilidad y prosperidad económica como en momentos de crisis y cuestionamiento de los principios económicos, el Estado y el Mercado han mantenido estrechas relaciones, al punto tal que solo es posible la existencia de lo económico, la producción, los intercambios y el dinero porque hay Estados que los sostienen.

Es cierto que esto no es una novedad, pensemos tanto en el liberalismo inglés del XVIII como en el crack de Wall Street de 1929, en ambos momentos los Estados estaban presentes como actores centrales para proponer y diagramar el rumbo económico.

El liberalismo, corriente surgida en los siglos XVII y XVIII entre los Estados europeos, planteaba las bondades del libre mercado, entendiendo por ello un sistema de intercambios en donde el Estado, como actor que toma decisiones desde los gobiernos, no participaba. De esta manera, Adam Smith en su libro *la Riqueza de las naciones* del año 1776, propuso la imagen de la mano invisible. La mano invisible aparece cuando cada uno guiado por su interés individual acaba beneficiando al interés general (Smith 1994). Es decir, en sociedad, cada uno busca su propio beneficio pero eso termina por ser provechoso para el conjunto. Que cada individuo sea egoísta provoca un movimiento oculto que beneficia a la totalidad, aunque nadie lo haya querido así. En ese movimiento los Estados no participarían, los únicos que pueden generar un beneficio general siguiendo el interés particular serían los individuos.

Sin embargo, en la práctica, las naciones liberales durante aquellos siglos mantuvieron un capitalismo en donde el Estado, lejos del libre mercado, regulaba e impulsaba el comercio. En Gran Bretaña, por ejemplo, mientras las ideas liberales fueron las impulsoras de la revolución en la industria, al mismo tiempo, refiere Eric Hobsbawm en *Industria e Imperio*, la corona británica tuvo un rol proteccionista en incentivar el monopolio comercial con la conquista de nuevos mercados de los cuales extraer materias primas y en donde colocar los productos industrializados. El gobierno inglés apoyó la expansión industrial financiando la invasión de territorios, esto se ve claramente en la India ya que Gran Bretaña impidió la importación de productos de allí -centralmente telas porque competían con su propia industria- y luego, a través de la conquista del territorio desmanteló toda producción de telas, al punto tal que la India comenzó a principios del 1800 a importar telas de Gran Bretaña.

“La conquista de mercados por la guerra y la colonización requería no sólo una economía capaz de exportar esos mercados, sino también un gobierno dispuesto a financiar ambos sistemas de penetración en beneficio de los

manufactureros británicos. Esto nos lleva al tercer factor en la génesis de la Revolución industrial: el gobierno” (Hobsbawm 2016:45).

Asimismo, el famoso crack del 29 en el siglo XX, la crisis económica en la bolsa de los Estados Unidos (EEUU) que tuvo consecuencias en la mayoría de las economías del mundo, puso de manifiesto dicha relación entre Estado y Mercado, señalando la necesaria presencia de los Estados para regular, controlar y mantener el mercado. Conocida también como la Gran Depresión, la crisis comenzó en agosto de 1929 con el descenso de la producción. En octubre de dicho año se generó el crack bursátil, y las consecuencias se extendieron en los años treinta: aumento del desempleo y la pobreza, descenso de la producción industrial y del PBI.

“Esta crisis marcó el punto culminante de las contradicciones del sistema capitalista mundial de comienzos del siglo XX y provocó en el plano subjetivo la evidencia de las insuficiencias de la teoría económica debido, en lo fundamental, a la no correspondencia entre las concepciones económicas predominantes hasta ese momento y los nuevos problemas mostrados por la crisis general del capitalismo” (Ruiz Valiente 2008: 272).

En 1936 John Maynard Keynes publica su teoría bajo el título de *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* que servirá de influencia para pensar de otra manera la economía capitalista generando una nueva corriente, el keynesianismo. Hasta entonces, las teorías económicas -los denominados clásicos y neoclásicos- se centraban en las bondades del capitalismo y el libre mercado sin pensar en la posibilidad de una crisis al interior del sistema, con la excepción de Carlos Marx¹. Se destacaban autores como

¹ El sistema capitalista es definido por Carlos Marx en la *Contribución a la crítica de la Economía Política* del año 1858 como un modo de producción que implica una relación social de producción específica y antagónica, es la relación burguesía-proletariado (Marx 1980). Las crisis son producidas por este mismo modo de producción poniendo bajo cuestión a toda la sociedad burguesa. Introduce el término *crisis de sobreproducción* para calificar a las crisis burguesas y plantea que la superación de esta relación está, por medio de la lucha de clases, en instaurar la dictadura del proletariado, esto es el dominio político del proletariado, que hará que se supriman las diferencias de clase centralizando los medios de producción en una nueva sociedad, la comunista.

“Hace ya decenios que la historia de la industria y el comercio es sólo la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones modernas de producción, contra las relaciones de propiedad que son las condiciones de existencia de la burguesía y de su dominio. Basta mencionar las crisis comerciales, que con su recurrencia periódica cuestionan de modo cada vez más amenazador la existencia de la entera sociedad burguesa. Una gran parte no sólo de los productos generados, sino de las fuerzas productivas ya creadas es destruida regularmente en las crisis comerciales. En las crisis estalla una epidemia social que a todas las épocas anteriores les habría parecido un contra sentido -la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se ve súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra general de exterminio parecen haberle privado de todos sus medios de vida; la industria, el comercio, parecen aniquilados. Y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas que tiene a su disposición ya no sirven al fomento de las relaciones burguesas de producción; resultan ya, por el contrario, demasiado poderosas para estas relaciones, que frenan su desarrollo; y tan pronto como superan este freno, desordenan la sociedad burguesa entera, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para abarcar la riqueza por ellas generada. ¿Cómo supera la burguesía las crisis? Por una parte, mediante la destrucción forzada de una maza de fuerzas productivas; por otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de mercados viejos. ¿Cómo, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y reduciendo los medios para prevenir las crisis. // Las armas con las que la burguesía ha abatido al feudalismo se vuelve ahora contra la propia burguesía. // Pero la burguesía no

Adam Smith con su imagen de la *mano invisible*; David Ricardo, quien anunció la *prosperidad para todos* en el libre comercio; y la llamada *ley de Say*, de Jean-Baptiste Say, que suponía que la economía capitalista podía “*garantizar de forma automática la igualdad entre la oferta y la demanda*” (Ruiz Valiente 2008: 272) negando la posibilidad de que exista desempleo involuntario.

La crisis vino a cuestionar esos principios de la economía capitalista. Para algunos se confirmaba la teoría de Marx en la existencia de crisis inherentes e inevitables a la forma de producción capitalista que llevarían a la revolución socialista. Sin embargo la solución keynesiana, admitiendo la posibilidad de crisis generales, planteó que podría superarse la crisis sin salir del capitalismo.

Discutiendo la *ley de Say*, Keynes confirmó la existencia de desempleo involuntario que podía revertirse con regulación estatal. La economía no tiende a un equilibrio automático y perfecto entre la oferta y la demanda por lo que se requiere que los Estados capitalistas intervengan para regular en calidad de agentes económicos directos (Keynes 2014). La intervención del Estado en la economía, según la teoría de Keynes, debía ser introduciendo una masa de dinero para multiplicar inversiones (Besada 1978).

La visión de Karl Polanyi en su clásico libro *La Gran Transformación* introdujo nuevos elementos al análisis de la crisis del 30 y su posterior recuperación. La crisis económica fue un efecto inevitable de las tensiones acumuladas en el período de entreguerras. La economía buscaba corregir y moldear la sociedad bajo la idea de mercado autorregulado, es decir “*una economía gobernada por los precios del mercado y únicamente por ellos*” (Polanyi 1989: 85), borrando las expresiones políticas. De esta manera, la crisis dio lugar al surgimiento de formas totalitarias y fascistas de abordarla, que desnaturalizaban al individuo. Ante una sociedad de mercado que no funcionaba apareció el fascismo, pero también otras expresiones como el socialismo en la Unión Soviética y el *New Deal* de los Estados Unidos. Los tres coincidieron en ser expresiones que se distanciaron, en mayor o menor medida y en distintas partes del globo, del capitalismo liberal autorregulado.

“Una economía de mercado supone todos los elementos de la industria — trabajo, tierra y dinero— aglutinados. En una economía de mercado el dinero constituye también un elemento esencial de la vida industrial y su inclusión en el mecanismo del mercado tiene, como veremos, consecuencias institucionales de gran alcance. El trabajo no es, sin embargo, ni más ni menos que los propios seres humanos que forman la sociedad; y la tierra no es más que el medio natural en el que cada sociedad existe. Incluir al trabajo y a la tierra entre los mecanismos del mercado supone subordinar a las leyes del mercado la sustancia misma de la sociedad” (Polanyi 1989: 128).

Lo que había entrado en crisis, entonces, siguiendo a Polanyi (1989), no era la producción, ni el intercambio, ni el modo de trabajo o el consumo; sino que todas ellas subordinaban lo social a lo económico. Lo que estaba en juego en la crisis del 30 era la

ha forjado sólo las armas que le darán muerte; ha engendrado también a los hombres llamados a manejarlas -los obreros modernos, los proletarios” (Marx y Engels 2007: 54-55).

destrucción de lo social y de lo político en pos de una economía capitalista que se autorregulaba².

Aunque solo mencionamos como ejemplos los casos del liberalismo en Gran Bretaña y la crisis del 30, ellos no son excepciones, cualquier repaso por la historia económica mundial da cuenta de la presencia de los Estados en el mercado, tanto en períodos de crecimiento como de crisis económicas.

2. Las economías de mercado y el Estado neoliberal

En América Latina, el capitalismo neoliberal se ha encargado de borrar todo rastro del Estado en la economía. Esto no significa que los Estados hayan desaparecido de lo económico o que no tengan presencia en el mercado, por el contrario siguen estando y siguen tomando decisiones económicas. Lo que el neoliberalismo ha provocado es la ilusión de que el Estado no interviene en las relaciones económicas, en consecuencia, desde aquella ilusión, todo lo que sucediera en el mercado serían relaciones objetivas. Es decir, la propia idea de mercado homogeneiza a cada uno de nosotros como consumidores, en esta idea el dinero juega un rol central permitiendo el intercambio de equivalencias y eso constituye una objetivación de las subjetividades.

La entrada de las políticas neoliberales en América Latina fue distinta en cada país. Sin embargo, suele caracterizarse a los años 80 del siglo XX como la década perdida (Torre 1998): la crisis de la deuda que experimentaron algunos países -como Argentina, México y Perú- por la imposibilidad de pagos hizo que se planteen reformas estructurales buscando una mayor integración entre las economías nacionales y el mercado mundial.

Los países industrializados necesitaban de mercados donde colocar el excedente de su producción y sus recursos financieros y encontraron en las economías latinoamericanas un escenario propicio. De esta manera confluyeron en los Estados latinoamericanos presiones externas de actores financieros internacionales por aumentar la racionalización de la economía y reducir el papel del Estado. Asimismo, las élites locales se alinearon con aquellos intereses internacionales demandando una resolución a la crisis de la deuda en favor de reformas estructurales como sinónimo de neoliberalismo³.

Cabe recordar que el modelo neoliberal apareció en el contexto de guerra fría. A partir de 1970 aparecen una serie de problemas que cuestionan y erosionan el rol de los EEUU en ese contexto. Aparecen dos conflictos cuya forma de resolución implicó la génesis

² Es posible pensar que la actual coronacrisis tiene aspectos comparables a aquella crisis del 30. Sobre todo porque nos encontramos nuevamente en un momento en el que lo social estaría subordinado a lo económico y en consecuencia, al igual que en aquél entonces, han surgido formas fascistas de abordar la crisis.

³ Cabe destacar, como señala Juan Carlos Torre (1998), que hablar de reformas estructurales no fue siempre sinónimo de neoliberalismo, por el contrario, anteriormente, el término hacía referencia a transformaciones en la propiedad y a la capacidad de los gobiernos en diseñar y ejecutar programas que fomenten la modernización. Sin embargo, es a partir de 1980 que las reformas estructurales adoptan el sentido de la acumulación privada para fortalecer la competitividad internacional.

del Estado neoliberal. El primero de ellos fue la guerra de Vietnam (1965-75), con la guerra aparecen movimientos contestatarios en el interior de los EEUU que cuestionan el rol del país como potencia bélica. La derrota en la guerra para un país que hacía alardes de su poderío militar, generó un desequilibrio interno. Quedó en evidencia que los EEUU podían perder una guerra contra un país económica y militarmente menos fuerte, pero, sobretodo, lo más problemático era que ello tenía consecuencias para la economía y política norteamericana. El segundo punto de conflicto fue la crisis de 1973, el shock del petróleo, también generado por países económicamente y militarmente menos fuertes que los EEUU, pero que agrupados en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) pudieron poner en jaque la economía norteamericana.

Como consecuencia de estos dos conflictos, EEUU cambia su postura respecto de la guerra fría, y con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia, consolida ese cambio respecto de que el principal enemigo ya no era la amenaza del exterior, sino que el enemigo estaba en el interior (el New Deal de Roosevelt). Así Regan plantea un cambio de perspectiva, en sintonía con Margaret Thatcher en Inglaterra.

“La guerra fría de Ronald Reagan no estaba dirigida contra el <<imperio del mal>> exterior, sino contra el recuerdo de Franklin D. Roosevelt en el interior: contra el Estado de Bienestar igual que contra todo intrusismo estatal” (Hobsbawm 2018: 218).

En consecuencia, aparece la idea de que el Estado, en teoría, no debe intervenir en la economía y al mismo tiempo, debe dejar que los capitalistas realizar sus ganancias en el comercio exterior. Esto marca el contraste con el capitalismo de posguerra en el cual los Estados tenían un rol central en fomentar la economía local y el consumo interno.

En América Latina la hegemonía neoliberal adquirió una extraordinaria intensidad ya que las elites gobernantes se convencieron, a sí mismas y a la población de que ese era el camino para salir de la crisis. Es decir, el neoliberalismo operó en la región en un contexto de crisis económica (a excepción de Colombia, país en donde las reformas se implantaron en un contexto de crecimiento económico) que explica la intensidad con la que fue posible la reforma estructural. La coyuntura económica sirvió para desacreditar política e ideológicamente a las administraciones anteriores e instaló el sentido de urgencia o emergencia por una posible profundización aún mayor de la crisis justificando así las decisiones en materia de ajuste estructural. Dicho convencimiento duró mientras las medidas neoliberales adoptadas lograron detener la inflación pero la otra cara de la moneda muestra una caída en el dinamismo de las economías y un aumento del desempleo, la pobreza y la desigualdad en la región.

No basta con señalar lo económico presente en el modelo neoliberal, es necesario entender las implicancias políticas e ideológicas. En cuanto a lo económico, el neoliberalismo en América Latina, en rasgos generales, significó una concentración, reprimarización y privatización de la economía. Respecto a lo político, la aparición de la tecnocracia dio lugar a lo que suele denominarse como la despolitización del Estado, sin embargo, sigue habiendo política, justamente, una política ligada a la lógica del mercado, la especulación y los negocios. Pero además, el neoliberalismo, al menos por un período, ha sabido adaptarse a necesidades y demandas, incluso ha creado expectativas ascendentes.

El 15 de septiembre del 2008 el banco de inversión estadounidense Lehman Brothers se declaró en quiebra. Algunos analistas se jactaron de prever algún desenlace semejante en el devenir del neoliberalismo y la gran mayoría aprovechó el momento para criticar al capitalismo. Aunque mucho se dijo en su momento sobre la avaricia del poder financiero, la concentración de riquezas y la desigualdad mundial, no se produjeron cambios significativos.

En apariencias la coronacrisis ha venido a cuestionar todo eso. Aunque la pandemia, por sí sola, no ha generado la crisis sino que ha develado una crisis ya existente profundizando las desigualdades. La coronacrisis ha generado demandas por un Estado más presente y que sea garante de ese futuro truncado y de esas expectativas sobre una supuesta prosperidad inexistente.

3. Sobre el aislamiento y la normalidad. Una crítica a las teorías económicas

He podido leer algunos análisis que estudian la relación entre Estado y Mercado desde el punto de vista de todo aquello que quedó frenado con la cuarentena. Es cierto que la decisión de decretar cuarentenas en los distintos Estados generó cambios en las actividades socio-económicas, sin embargo, no dejamos de interactuar económicamente. Mientras que antes, desde una visión simplista de clase media, nos realizábamos como sujetos económicos en tanto que salíamos de nuestras casas, abordábamos el transporte público para llegar a nuestros trabajos y cumplir una jornada, comíamos en algún restaurante y disfrutábamos de las distintas actividades culturales (cine, teatro, recitales, etcétera). Con la cuarentena eso cambió pero no significó un abandono de las actividades económicas ni del mercado. Por el contrario, los principios económicos del mercado entraron en nuestros rincones más íntimos y hemos pasado a ser consumidores/as y trabajadores/as sin necesidad de movilizarnos ni interactuar físicamente con otros sujetos.

Esta nueva visión de la economía, como invasión de nuestros rincones más íntimos, es un fenómeno que había iniciado hace algunos años con la aparición de las redes sociales (Facebook, Twitter, Whatsapp e Instagram, entre otras) y junto con ello, una forma de uso de nuestro tiempo que implica una disciplina de nuestros cuerpos adaptados a las notificaciones de los celulares, tanto para ocio como para trabajo, pero que también captura nuestros datos e información (lo que se denomina como big data) para almacenarlos en lugares que desconocemos y disponerlos para fines que desconocemos.

Sin embargo, la pandemia, junto con los decretos de cuarentena, puso en juego y llevó al extremo este proceso de incorporación del mercado en nuestra vida más íntima y nuestro tiempo libre. Así, los principios de aislamiento y de normalidad que durante tanto tiempo fueron exclusivos de un saber económico, pasaron a ocupar los debates centrales, aunque con distintas interpretaciones.

Pareciera ser que en los contextos de crisis -como el que estamos viviendo- aflora la necesidad de definiciones, teóricas y científicas, de la economía. En el fondo permanecen los intentos de buscarle un sentido a aquello que vivimos y encauzar el camino hacia la “normalidad”.

En economía hablar de normalidad implica la suposición de que el fundamento no es artificial, por el contrario, la economía como disciplina se muestra constantemente como algo naturalizado, que expresa fielmente la realidad, sin construcciones ni artificios. La economía se presenta como disciplina científica cuyas explicaciones describen adecuadamente la realidad. En consecuencia, lo normal es un orden natural en donde todo tiene una razón y función, en ese sentido el fisiócrata François Quesnay en el siglo XVIII sostenía que la economía es el “orden natural más ventajoso”.

Lo normal -o la norma- aparece naturalizado. De hecho, igualamos lo normal con lo que es esperable y predecible, en cambio todo aquello que no se adapte a los patrones permanece como anormal e impredecible. De este argumento parten las teorías económicas, sosteniendo que ellas son normas sobre cómo deben funcionar las cosas. Las teorías económicas tienen como objetivo normalizar, es decir, formular normas sobre un estado de cosas.

Asimismo, toda teoría económica parte de definir una serie de situaciones de la realidad cuya única forma de comprensión, para los economistas, consiste en aislarlas de la realidad.

El famoso relato de Daniel Defoe de 1719, Robinson Crusoe, viene a dar cuenta de la manera en que funciona la economía para los teóricos de aquella disciplina. La descabellada historia de un hombre que naufraga en una isla desierta se presenta como un fundamento económico racional según el cual cada uno busca lo mejor para sí mismo. Crusoe, un varón blanco que vive solo en una isla por veintiséis años, sería el mayor exponente del *Homo œconomicus* (hombre económico) ya que no estaría sujeto a leyes ni códigos sociales, actúa solo y no lo mueve nada más que el interés propio (Marçal 2016).

En el siglo XVIII se inventó la teoría del hombre económico [*Homo œconomicus*], con el objetivo de explicar el funcionamiento de la economía. El *Homo œconomicus* es un ser que actúa racionalmente, aprovecha todo al máximo y siempre gana. En su relación con el mundo aplica esa lógica racional según la cual trata de buscar el máximo posible y nunca perder ante lo que podría ser un intercambio desigual.

“Se supone que en el mercado todos nos mantenemos en el anonimato. Por eso el mercado puede hacernos libres. No importa quién seas; las características personales y los vínculos emocionales no tienen cabida. Lo único que importa es la capacidad de pago. Las elecciones que las personas hacemos son libres e independientes, y, como islas solitarias en medio de un océano vacío, carecemos de pasado y de contexto. Nadie nos juzga, así como nada nos ata ni nos detiene. Las únicas restricciones son de carácter técnico: las limitadas horas del día y los recursos naturales finitos. Robinson Crusoe es libre y sus relaciones con otras personas se basan esencialmente en lo que estas pueden hacer por él. Y no por malicia, sino pura y simplemente por una cuestión de racionalidad, al menos tal y como la racionalidad se entiende en el relato”. (Marçal 2016: 30).

Es interesante pensar en el componente de aislamiento que una definición, un nombre, una teoría o una norma suponen. Es decir, la única manera de definir un término, de nombrar una cosa y de producir una teoría o una norma al respecto sería asilándolo de la realidad en la cual surge, se articula y se difunde. El problema es que, al aislarlo de la realidad, termina por ser una norma difusa que no designa a cosa alguna. El nudo central de esto es que las teorías económicas surgen del aislamiento, es decir que son teorías pensadas para islas desiertas: lugares sin pasado, sin contexto y sin sociedad.

Al preguntarnos por ¿cómo se formulan las teorías económicas y cuál es su objetivo? Hacen aparición el aislamiento y la normalidad. Las teorías económicas son *Ceteris paribus*, es decir manteniendo las variables constantes y aislando los componentes, y con ello pretenden normalizar prácticas económicas. Por ejemplo, la teoría monetarista -de la Escuela de Chicago- postula la idea de que la emisión monetaria al mantenerse constante en el largo plazo produce inflación. Puede observarse con claridad, en la forma en que dicha frase fue formulada, la presencia de la condición *ceteris paribus* (“al mantenerse constante”). No obstante, lo que la teoría no formula ni detalla son las características del Estado y la sociedad en la cual aplican sus principios, ni se formulan las consecuencias que la teoría al ponerse en práctica puede generar. Sin embargo, nada de ello interesa, las teorías económicas, como la monetarista, postulan modelos ideales -un ideal de Estado y de sociedad- en los cuales la teoría al ponerse en práctica funciona, convirtiéndose, en consecuencia en casos normales. En cambio, todo lo que no se adapte al ideal, son casos anormales y en consecuencia, allí la teoría jamás funciona.

En suma, el fin último de las teorías económicas es homogeneizar el funcionamiento de la economía, y con esto pretenden adaptar las distintas realidades económicas (heterogéneas) a normas y patrones homogéneos.

4. La nueva agenda económica

En la pandemia, el aislamiento ha salvado vidas. Paradójicamente, mientras señalamos, algunas líneas más arriba, que la condición de aislar es utilizada para producir teorías económicas que no se adaptan a todas las realidades, por el contrario, pretenden normalizar y homogeneizar una forma de Estado y de sociedad, relegando en el lugar de anormal al resto -justamente los países latinoamericanos entrarían dentro de ese segundo grupo-. La coronacrisis ha mostrado también el aspecto positivo del aislamiento. En este caso, aislar no significa trasladarse a la isla desierta de Robinson Crusoe, ni encontrarse por fuera de códigos sociales, ni actuar en soledad guiados por el egoísmo. Por el contrario, el aislamiento implica un hecho social, decretado por los Estados, con el objetivo de detener los contagios de coronavirus⁴.

A mediados y fines del siglo pasado, una cantidad de autores, principalmente en Europa, se volcaron a estudiar lo que aparentaba ser el futuro de los Estados y los gobiernos. La aparición del término biopolítica enmarcaba dichos estudios que sostenían con preocupación la necesidad del cuidado y el bienestar como asunto de gobierno con el objetivo de disciplinar los cuerpos y mercantilizar los saberes. Pese a que estaban en lo

⁴Hay Estados que no decretaron la cuarentena -y el aislamiento- son los casos de Estados Unidos y Brasil, y hubo otros casos que la decretaron tardíamente como Inglaterra.

cierto, el tono de preocupación ha desaparecido con la coronacrisis⁵, al punto tal que la propia población demanda de los Estados políticas de cuidado y resguardo ante un mercado que desprotege y desampara.

Con algo de optimismo, sostiene Marc Saxer (2020) que estamos asistiendo al fin del escepticismo neoliberal frente al Estado. Ha quedado demostrado, en las medidas y acciones que se han tomado a nivel global, que los Estados son fundamentales y tienen gran capacidad de acción. “Una pandemia, que no reconoce fronteras nacionales, exige una respuesta global coordinada” agrega Saxer (*op cit*). Es necesario que los Estados estrechen lazos de solidaridad y que las regiones coordinen políticas con el fin de asegurar el mejor bienestar posible. Sin embargo, no hay que perder de vista, dice Saxer, los conflictos y disputas que han surgido entre los países durante la coronacrisis. Algunos conflictos ya existentes, como la confrontación entre EEUU y China, y entre Rusia y Arabia Saudita generando una guerra de precios por el petróleo, que la pandemia exacerbó. Las transacciones para conseguir los recursos de salud como los barbijos y los test, también generaron altercados entre países como Francia, Italia y EEUU entre otros.

Sin embargo, todo ello da cuenta, que los principales actores han sido los Estados, ellos fueron los únicos capaces de ordenar y encauzar una crisis que aparentaba aún más catastrófica, aunque todavía no tengamos noción de sus resultados finales. Cabe señalar el rol de China en el envío de suministros tanto a países asiáticos, como europeos y a Latinoamérica también. No se ha visto a ningún mercado, industria o empresa realizar acciones semejantes.

Centralmente, la coronacrisis ha implicado nuevas formas de organizar la vida y esto tiene dos implicancias. Por un lado, hay una idea romántica sobre el home-office y la virtualización de la vida cotidiana, para muchos el futuro del trabajo y el estudio pasará por mantener estos grados de conexión virtual. Sin embargo, este mismo proceso ha profundizado desigualdades en cuanto al acceso a dichos mecanismos de conexión (el acceso a internet, computadora, teléfono, etcétera) y las posibilidades sociales de mantener dicha conexión (la realidad familiar de cada uno, por ejemplo las mujeres nos vemos más desfavorecidas ya que nosotras somos las que, habitualmente nos encargamos de las tareas del hogar y de los niños). En otro sentido, las nuevas formas de organización refieren a lazos sociales que, por necesidad, la crisis ha generado, con ello referimos a la visibilización de las organizaciones sociales y barriales y su labor en la contención de necesidades sociales.

Una de las medidas económicas que más se ha tomado relevancia en América Latina durante la coronacrisis es el impuesto a los patrimonios o grandes fortunas. La iniciativa fue presentada en los Congresos de los distintos países, en Chile por el Partido Comunista, en Argentina por el oficialismo (el Frente de Todos) y en Brasil por el Partido de los Trabajadores.

En los tres casos, la reforma tributaria se presenta como una excepción, dada la delicada situación generada por la pandemia y ante la necesidad de financiar los gastos

⁵ Aunque algunos autores, aún en este contexto, siguen señalando su preocupación respecto al rol de los Estados, es el caso de Giorgio Agamben por ejemplo.

extraordinarios, los Estados buscan recaudar a través de un impuesto a los patrimonios más altos.

Es interesante la reflexión que hace al respecto Alfredo Serrano (2020) en base a los datos que arrojó una encuesta realizada por Celag⁶ en Argentina, Chile y México. Serrano sostiene que el impuesto a las fortunas como fenómeno regional está asociado a una percepción popular, existe la conciencia de que en este contexto es necesario cambiar el aporte que cada uno hace, aquellos que más tienen deben aportar más. Para Serrano el impuesto a los más ricos forma parte del sentido común del momento histórico que estamos atravesando y es una medida que se ha transformado en mayoritaria.

Los sistemas de salud no escapan de la nueva agenda. Se ha visto en algunos países que las clínicas privadas se negaban a atender enfermos/as de Covid, o en otros casos se saturaron rápidamente, siendo en ambos casos los sistemas de salud pública, en definitiva los Estados, los que se hicieron cargo de la situación. Asimismo, en aquellos lugares en donde la salud está privatizada, han resurgido los reclamos por sistemas de salud públicos.

Conclusiones

La coronacrisis es, fundamentalmente, una crisis sanitaria. La enfermedad ha afectado a millones de personas y ha provocado cientos de muertes en todo el mundo. Los Estados han permanecido como espacios de protección, tomando medidas para detener los contagios y salvar las vidas. La Organización Mundial de la Salud (OMS) fue dirigiendo y coordinando algunas de esas medidas, aunque no faltaron las críticas por parte de Estados que, desconfiando de la letalidad del virus, decidieron hacer la suya desencadenando escenarios de tragedia: contagios evitables, desbordes sanitarios y una cantidad de muertes diarias que produce escalofríos.

Ante esto, las sociedades reclaman a sus dirigentes medidas y acciones para frenar la crisis, tanto la crisis sanitaria como la crisis económica. Aunque no caben dudas que una y otra se implican, para algunos, los gobiernos se enfrentan al dilema de privilegiar la salud, decretando cuarentenas y en consecuencia, parando la actividad económica; o privilegiar la economía, permitiendo la libre actividad, pero lamentando cientos de contagios y de muertes. Sin embargo, dicho dilema no existe, los Estados deben abordar ambos sin confundir las cuestiones, porque no podemos aceptar una economía que garantice la vida para unas pocas personas, aquellas privilegiadas que cuentan con los recursos para pagar un sistema de salud y con condiciones para trabajar desde sus casas, pero generalice el dolor, el sufrimiento y la muerte para unas muchas que se ven obligadas a salir a trabajar porque no pueden hacerlo desde sus casas o porque tampoco tienen un techo donde resguardarse. Esa es la “normalidad” económica que debemos cambiar.

Señalamos que la coronacrisis nos ha dejado sin categorías que nos permitan abordarla. Las teorías económicas han fallado al describir los alcances, la magnitud y las consecuencias de esta crisis (como de las que le antecedieron). He ido mostrando que ha

⁶Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica, <https://www.celag.org/>

habido un deliberado interés en intentar ocultar al neoliberalismo como causa de la crisis y me he permitido mostrar que desde esas teorías económicas no se puede hallar herramientas que ayuden a comprender la realidad porque es esa “economía” la que produce las condiciones de lo que luego resulta irreparable.

Es precisamente, lo que debemos cambiar, la causa de la enfermedad llamada pobreza, desigualdad, hambre, miseria, injusticia. Y entender que necesitamos un lenguaje que hable de esos conceptos y nos los presente desde y para una economía que nos permita vivir mejor. Un lenguaje inclusivo y popular que defina una vida feliz para los y las excluidas/os del sistema neoliberal.

De aquí que la nueva agenda económica deba comenzar a estudiar la economía de otra manera, reconciliándose con el saber popular, el feminismo, las políticas del cuidado y de la vida; impulsando una nueva gramática en donde se ponga en escena la muerte, el dolor y el sufrimiento respecto del momento que estamos viviendo, pero también la vida, el goce y el placer de aquello que queremos vivir.

Bibliografía

BESADA, B. (1978): *Estudio crítico de la Teoría General de Keynes*; Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

HOBBSBAWM, E. (2016): *Industria e Impero*; Crítica, Barcelona.

----- (2018): *Historia del Siglo XX*; Crítica, Buenos Aires.

KEYNES, J.M. (2014): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*; Fondo de cultura Económica, México.

KOSSELLECK, R. (2007): *Crítica y Crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*; Editorial Trotta, Madrid

----- (2012): *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*; Editorial Trotta, Madrid.

LÓPEZ, A. & DIAZ PÉREZ, J.L. (1990): “Tristezas y melancolías del capitalismo”, en *Realidad Económica* N° 92/93, Buenos Aires.

MARÇAL, K. (2016): *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía*; Edición Debate, Buenos Aires.

MARX, C. (1980): *Contribución a la crítica de la Economía Política*; Siglo XXI editores, México.

MARX, C. & ENGELS, F. (2007): *Manifiesto del Partido Comunista*; Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.

POLANYI, K. (1989): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*; Ediciones de La Piqueta, Madrid.

RUIZ VALIENTE, R.A. (2008): *Principales doctrinas del pensamiento económico. Segunda parte: Neoclásicos y Keynes*; Ediciones de la Universidad, Buenos Aires.

SMITH, A. (1994): *Riqueza de las naciones*; Editorial Alianza, Madrid.

----- (2004): *Teoría de los sentimientos morales*; Fondo de Cultura Económica.

TORRE, J.C. (1998): *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*; Paidós, Buenos Aires.

Artículos digitales

GARCÍA LINERA, A. (2020): “Pánico global y horizonte aleatorio”. Disponible en: <https://www.nodal.am/2020/04/panico-global-y-horizonte-aleatorio-por-alvaro-garcia-linera/>

QUIROGA DÍAZ, N. (2020): “Economía pospatriarcal: la deuda es con nosotres”. Disponible en: https://www.lavaca.org/mu150/economia-pospatriarcal-la-deuda-es-con-nosotres/?fbclid=IwAR07BrLgLF_u7QQqhMPFFrxNAVGHIVa3oDZ-K7UOrPR-u30JCZOqnnLA1mI

SAXER, M. (2020): “Apuntes para un nuevo tiempo”, Nueva Sociedad. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/saxer-futuro-socialismo-capitalismo-estado-neoliberalismo-socialdemocracia/>

SERRANO, A. (2020): “El impuesto a los más ricos como sentido común”. TeleSur. Disponible en: <https://www.telesurtv.net/bloggers/El-impuesto-a-los-ricos-como-sentido-comun-20200622-0004.html>

VAROUFAKIS, Y. (2020): “¿El poscapitalismo ya está aquí?”, Nueva Sociedad. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/el-poscapitalismo-ya-esta-aqui/>